

«plicarlos: que esto era en apariencia hacer la paz, y en realidad «excitar la guerra<sup>1</sup>:» que esto era, en fin, «á ejemplo del concilio de Sirmic, y de los Arrianos, mezclar la verdad con el error<sup>2</sup>.» Tenia razon: y sin embargo, entonces mismo, cuando se celebró la primera asamblea de Ratisbona para conciliar la religion católica con la protestante, *Melancton y Bucero* (no son los Católicos los que escriben esto, sino Calvino que estaba presente, y era íntimo confidente de uno y otro) «Melancton, digo, y Bucero componian sobre la transustanciacion fórmulas de fe equívocas y «engañosas, para ver si podian contentar á sus adversarios, no con- «cediéndoles nada<sup>3</sup>.»

Calvino era el primero en condenar estas oscuridades estudiadas, y este vergonzoso disimulo. «Vosotros vituperais, dice<sup>4</sup>, y con razon, las oscuridades de Bucero.» «Es preciso hablar con libertad, «dice en otro pasaje; no es permitido dificultar con palabras oscuras ó equívocas la inteligencia de lo que está pidiendo claridad... «Los que quieren guardar un medio en estas cosas, abandonan la «defensa de la verdad.» Y con respecto á los lazos, que segun acabamos de decir, tendian Bucero y Melancton en sus discursos á los católicos nombrados para conferenciar con ellos en Ratisbona, dice lo siguiente: «Yo por mí no apruebo sus designios; aunque ellos «tengan sus razones para obrar así, porque esperan que las materias se aclararán por sí mismas. Por esta razon pasan por encima «de muchas cosas, y no temen estas ambigüedades; lo hacen con «buena intencion, pero se acomodan demasiado al tiempo<sup>5</sup>.» De este modo con muy malas razones los autores de la nueva Reforma ó guardaban el mas criminal de todos los disimulos, ó lo disculpaban; esto es, los equívocos afectados en las materias de fe. Mas adelante veremos si Calvino, que se presenta ahora tan ajeno de guardarlo, como fácil en excusarlo en los demás, conserva este propósito: volvamos ahora á los artificios de Bucero.

XXVI.— *Si la presencia es durable en la Eucaristia.*

En medio de las ventajas que dió Bucero á los Luteranos en el convenio de Vitemberg, ganó á lo menos una cosa: que Lutero le dejase pasar que el cuerpo y la sangre de Jesucristo no tenian union durable, fuera del uso del Sacramento, con el pan y el vino; y que

<sup>1</sup> Lib. I, ep. 25, 1841. — <sup>2</sup> Ibid. ep. 76. — <sup>3</sup> Ep. Calv. p. 38. — <sup>4</sup> Ep. p. 30. — <sup>5</sup> Ep. p. 38.

el cuerpo no estaba presente cuando se mostraba el Sacramento, ó se llevaba en procesion<sup>1</sup>.

No era esta la opinion de Lutero: hasta entonces siempre habia enseñado que el cuerpo de Jesucristo estaba presente desde que se decian las palabras, y que permanecia presente hasta que se alteraban las especies<sup>2</sup>: de suerte que, segun él, estaba presente, *tambien cuando se llevaba en procesion*, aunque no queria aprobar esta costumbre.

En efecto, si el cuerpo estaba presente en virtud de las palabras de la institucion, y era necesario entenderlas á la letra, como sostenia Lutero, es claro que el cuerpo de Nuestro Señor debia estar presente al instante que dijo, *Este es mi cuerpo*, pues no dijo: Este será, sino *Este es*. Digno era del poder y de la majestad de Jesucristo que sus palabras tuviesen efecto de presente, y que el efecto subsistiese todo el tiempo que las cosas permaneciesen en un mismo estado. Tampoco desde los primeros tiempos del Cristianismo se habia dudado jamás, que la parte de la Eucaristia que se reservaba para la comunion de los enfermos, y para la que practicaban todos los dias los fieles en su casa, fuese el verdadero cuerpo de Nuestro Señor, lo mismo que la que se distribuia á los fieles reunidos en la iglesia. Lutero lo habia entendido siempre de este modo; y sin embargo se le condujo, no sé por qué, á tolerar la opinion contraria que propuso Bucero al tiempo de celebrarse el convenio.

XXVII.— *Sigue el mismo asunto: conclusion del convenio.*

Con todo no le permitió decir que el cuerpo del Señor no se hallaba en la Eucaristia sino precisamente en el uso, es decir, en la recepcion, sino solamente *que fuera del uso no habia union durable entre el pan y el cuerpo de Cristo*. Habia, pues, esta union, aun fuera del uso, esto es, fuera de la comunion; ni Lutero, que hacia elevar y adorar el santísimo Sacramento aun mientras se estaba celebrando el convenio<sup>3</sup>, hubiera consentido en que se le negase que Jesucristo estaba allí presente durante aquellas ceremonias: mas para quitar la presencia del cuerpo del Señor en los tabernáculos y en las procesiones de los Católicos, que era lo que pretendia Bucero, bastaba dejarle decir que la presencia del cuerpo y de la sangre en el pan y el vino no era de larga duracion.

<sup>1</sup> Art. 2, 3. — <sup>2</sup> Luth. Serm. cont. Sverm. Id. epist. ad quemd. Hosp. II p. 14, 44, 132, etc. — <sup>3</sup> Form. Miss. t. II Hosp. an. 1536, 148.

Ahora, si se hubiera preguntado á aquellos doctores cuánto tiempo debia durar esta presencia, y á cuánto tiempo limitaban ellos el efecto de las palabras del Señor, se les hubiera visto muy embarazados. Mas adelante verémos que abandonando el sentido natural de las palabras de Jesucristo, como ya no hay ninguna regla á que atenerse, tampoco hay términos exactos para explicarse, ni creencia segura.

Esto es lo que pasó en el convenio de Vitemberg. Los artículos se refieren del mismo modo por los dos partidos de la nueva Reforma, y se firmaron á fines de mayo de 1536<sup>1</sup>, conviniéndose en que el concierto no tuviese fuerza hasta que fuese aprobado por las iglesias. Bucero y los suyos dudaron tan poco de la aprobacion de su partido, que inmediatamente despues que se firmó el convenio, celebraron la Cena con Lutero en señal de perpétua paz. Los Luteros siempre han alabado este acuerdo, y los Sacramentarios han recurrido á él como un tratado auténtico que habia reunido á todos los Protestantes. Hospiniano dice que los suizos, á lo menos una parte de este cuerpo, y el mismo Calvino lo aprobaron<sup>2</sup>. Se halla efectivamente su aprobacion expresa en las cartas de Calvino<sup>3</sup>: de suerte que esta convencion debe tener cabida entre las actas públicas de la nueva Reforma, pues que contiene los sentimientos de toda la Alemania protestante, y cási de la Reforma entera.

XXVIII.—*Los de Zurich se mofan de los equívocos de Bucero.*

Bien hubiera querido Bucero que la hubieran aceptado los de Zurich. Pronunció delante de ellos en una reunion grandes y vagos discursos, y despues les presentó un largo escrito<sup>4</sup>. En esta diffusion es donde se ocultan las sutilezas, cuando para explicar lisamente la fe, se necesitan muy pocas palabras. Pero en vano desplegó todos sus ardidés: nunca pudo conseguir que los suizos adoptasen su presencia sustancial, ni su comunion de los indignos: siempre querian explicar su pensamiento tal cual era en sí, en términos sencillos, y decir, como Zuinglio, que no habia en la Eucaristía presencia física ó natural, ni sustancial, sino una presencia *por la fe*, una presencia *por el Espíritu Santo*, reservándose la libertad de hablar de este misterio como tuviesen por mas conveniente, y siempre del modo mas sencillo é inteligible que se pudiese. Así se lo escribieron

<sup>1</sup> Conc. p. 729 Hosp. II, p. f. 145; Chyt. hist. Confess. Aug. — <sup>2</sup> An. 1536, 1537, 37. — <sup>3</sup> Calv. ep. p. 134. — <sup>4</sup> Hosp. p. II, f. 150 et seq.

á Lutero; y Lutero, que acababa de salir de una peligrosa enfermedad, y se hallaba tal vez fatigado con tantas disputas, remitió por su parte el asunto á Bucero<sup>1</sup>, con quien creia estar de acuerdo.

XXIX.—*Los Zuinglianos no quieren oír hablar de milagro ni de omnipotencia en la Eucaristía.*

Pero como habia dicho en su carta que conviniendo en la presencia, se debia abandonar el modo á la omnipotencia de Dios, los de Zurich, admirados de que se les hablase de omnipotencia en un hecho en que ellos no concebían nada de milagroso, como tampoco su maestro Zuinglio, se quejaron de este modo de hablar á Bucero, que trabajó mucho para satisfacerles; pero cuanto mas les decia que habia alguna cosa incomprendible en el modo con que Jesucristo se nos daba en la Cena, tanto mas le repetían, por el contrario, que no habia cosa mas fácil. Una figura en estas palabras, *Esto es mi cuerpo*, la meditacion de la muerte de Nuestro Señor, y la operacion del Espíritu Santo en los corazones, no tenia ninguna dificultad, y no querían otros milagros en el Sacramento. De este modo hablarían en efecto los Sacramentarios si quisiesen hablar naturalmente. Los Padres, á la verdad, no hablaban de esta manera, los Padres que no encontraban un ejemplo bastante alto para conducir á las almas á la creencia de este misterio; la creacion, la encarnacion de Nuestro Señor, su nacimiento milagroso, todos los milagros del Antiguo y Nuevo Testamento, la conversion maravillosa del agua en sangre, y del agua en vino; de todos estos ejemplos se valían, porque estaban persuadidos de que el milagro que reconocían en la Eucaristía era tanto como todos aquellos prodigios una obra del Todopoderoso; y de que en nada cedia á las maravillas mas incomprendibles de la mano de Dios. Así se debia hablar en la doctrina de la presencia real, y Lutero, que creia en ella y conservaba esta fe, usaba las mismas expresiones. Por una razon contraria los suizos todo lo hallaban fácil, y mas querían tomar por una figura las palabras de Jesucristo, que apelar á su omnipotencia para que fuesen verdaderas: como si el modo mas puro de entender la Escritura santa fuese aquel en que trabaja menos la razon, ó como si los milagros costasen algo al Hijo de Dios cuando quiere darnos un testimonio de su amor.

<sup>1</sup> Hosp. p. II, f. 157.

XXX. — *Doctrina de Bucero: vuelven las ciudades de la creencia en que estaban á la de la presencia real.*

Aunque Bucero no pudo conseguir nada de los de Zurich, durante dos años que estuvo contratando con ellos despues del acomodamiento de Vitemberg; y aunque preveía muy bien que Lutero no habia de estar por mucho tiempo tan pacífico como estaba entonces, no omitía medio alguno para mantenerlo en esta buena disposición. Por lo que á él tocaba, de tal manera persistió en el convenio, que despues de él siempre le miraron los de la confesion de Ausburgo como miembro de sus iglesias, y obró en todo de concierto con ellos.

Cuando estaba tratando con los suizos, y procuraba hacerles ver en la Cena alguna cosa mas alta y mas impenetrable que lo que ellos pensaban, les decia entre otras cosas, que aunque no se podia dudar que Jesucristo estaba en el cielo, no se sabia bien dónde estaba el cielo, ni lo que era el cielo, y que *el cielo estaba tambien en la Cena*<sup>1</sup>; lo que envolvía una idea tan clara de la presencia real, que los suizos no pudieron oirlo.

Las comparaciones de que se servia propendian mas bien á inculcar la realidad que á debilitarla. Alegaba con frecuencia la accion ordinaria de darse la mano<sup>2</sup>; ejemplo muy propio para manifestar que la misma mano de que nos servimos para ejecutar lo pactado, puede ser una prenda de la voluntad que tenemos de cumplirlo; y que un contrato pasajero, pero real y sustancial, puede llegar á ser por institucion y por el uso de los hombres, el signo mas eficaz que pueden dar de una perpétua union.

Desde que empezó á tratar sobre el convenio, ya no le gustaba decir con Zuinglio que la Eucaristía era el cuerpo, como *la piedra era Cristo*, y como *el cordero era la Pascua*: decia mas bien que lo era como la paloma se llamó el Espíritu Santo, pues que nadie dudaba que estuviere entonces presente el Espíritu Santo, y aun de un modo particular, bajo la forma de una paloma.

Ponia tambien el ejemplo de Jesucristo dirigiendo el aliento á los Apóstoles, y dándoles al mismo tiempo el Espíritu Santo<sup>3</sup>; lo que mostraba igualmente que el cuerpo de Jesucristo se comunica y está

<sup>1</sup> Hosp. 162. — <sup>2</sup> Ep. ad Ital. int. Calv. ep. p. 44. — <sup>3</sup> Ep. ad Ital. int. Ep. Calv. p. 44.

presente, no menos que el Espíritu Santo estuvo presente y se comunicó á los Apóstoles.

Con todo eso no dejó de aprobar la doctrina de Calvino<sup>4</sup>, llena enteramente de las ideas de los Sacramentarios, ni se detuvo en suscribir á una profesion de fe, en que el mismo Calvino decia que el modo con que se recibia el cuerpo y la sangre de Jesucristo en la Cena, consistia en que el Espíritu Santo unia en ella lo que estaba en lugares separados. Esto era, segun parece, manifestar con claridad que Jesucristo estaba ausente. Pero Bucero todo lo explicaba, y tenia para toda clase de dificultades soluciones extrañas. Lo mas notable que hay aquí es que los discípulos de Bucero, y como lo hemos dicho ya, las ciudades que tanto se habian separado, conducidas por él, de la presencia real, volvian insensiblemente á esta creencia. Las palabras de Jesucristo se repitieron y se meditaron tanto, que por último causaron su efecto, y se retrocedió naturalmente al sentido literal.

XXXI. — *Melancton empieza á dudar de la doctrina de Lutero. Su escasa teología.*

Al paso que Bucero y sus discípulos, enemigos tan declarados de la doctrina de Lutero sobre la presencia real, se aproximaban á ella, Melancton, el discípulo querido de Lutero, el autor de la confesion de Ausburgo y de la Apología, en que habia defendido la realidad hasta inclinarse al parecer á la transustanciacion, comenzaba á vacilar.

Empezó á dudar hácia el año de 1535<sup>5</sup>, porque hasta entonces hemos visto cuán firme estaba en su opinion. Y aun habia compuesto un libro del sentir de los santos Padres acerca de la Cena, en que recogió muchos pasajes muy expresos á favor de la presencia real. Como la crítica en aquella época no era muy esmerada, conoció con el tiempo que entre aquellos pasajes habia algunos supuestos<sup>6</sup>, y que los copiantes, ó por ignorancia ó por poco cuidado, habian atribuido á los antiguos obras que no habian escrito. Esto le dió en que pensar, aunque habia presentado un número bastante grande de pasajes incontestables. Pero lo que mas le sorprendió fue hallar en los antiguos muchos pasajes en que llamaban á la Eucaristía una figura<sup>7</sup>. Reunió los pasajes, y se quedó admirado,

<sup>4</sup> Int. Ep. Calv. p. 398. — <sup>5</sup> Hosp. an. 1535, 137 et seq. — <sup>6</sup> Lib. III, Epist. 114 ad Joan. Brent. — <sup>7</sup> Ibid.

dice, de que hubiese en ellos tanta diversidad: teólogo poco instruido, que no consideraba que ni la fe, ni el estado de esta vida permite que disfrutemos de Jesucristo al descubierto; de modo que se nos da bajo una forma extraña, pintando necesariamente la verdad con la figura, y la presencia real con un signo exterior que nos la oculta: de aquí viene en los Padres esa diversidad aparente que admiraba á Melancton. Lo mismo le hubiera sucedido, si hubiera mirado de cerca el misterio de la Encarnacion, y la divinidad del Hijo de Dios, antes que las disputas de los herejes hubiesen obligado á los Padres á hablar con mas precision acerca de estos misterios; y en general siempre que fue necesario conciliar dos verdades que parecian contrarias, como en el misterio de la Trinidad y en el de la Encarnacion ser igual y ser inferior, y en el sacramento de la Eucaristía estar presente y estar en figura; se forma naturalmente una clase de lenguaje que parece confuso, á no ser que se tenga, por decirlo así, la clave de la Iglesia, ó se comprenda enteramente el misterio; además de otras razones que obligaban á los Padres á encubrir los misterios en ciertos pasajes, dando en otros medios seguros de entenderlos. Melancton no sabia tanto. Deslumbrado con el nombre de Reforma, y con el exterior entonces bastante engañoso de Lutero, se habia afiliado desde el principio en su partido. Era jóven todavía, y un gran humanista, pero nada más que humanista; y acababa de llamarle el elector Federico para enseñar la lengua griega en la universidad de Vitemberg; pero no habia podido instruirse en las antigüedades eclesiásticas con su maestro Lutero, y se veia atormentado extraordinariamente con las contrariedades que creia hallar en los santos Padres.

XXXII.— Disputa del tiempo de Ratramne, con que se confunde Melancton.

Para acabar de confundirse, solo faltaba que tropezase con el libro de Bertran ó Ratramne, que apareció por entonces<sup>1</sup>; obra ambigua, en que el autor nunca se entiende á sí mismo. Los Luteros le citan á su favor, y solamente tienen que decir que ha esparcido semillas de transustanciacion<sup>2</sup>. Hay en efecto en este libro con que contentar, ó mas bien, con que enredar á los unos y á los otros. Jesucristo en la Eucaristía es un cuerpo humano por su sustancia,

<sup>1</sup> Lib. III, Ep. 118 ad Vit. Theod. — <sup>2</sup> Centur. IX, cap. 4, inclin. doct. tit. de Coen.

pero tan desemejante á un cuerpo humano en sus cualidades, que se puede decir que es un cuerpo humano, y que no lo es bajo diversos respectos: que en un sentido, y no considerando en él mas que la sustancia, es el mismo cuerpo de Jesús que nació de María, pero que en otro sentido, y no considerando en él sino los modos, es otro que se ha hecho él mismo por su palabra, al cual oculta bajo sombras y figuras, y cuya verdad no llega hasta los sentidos, sino que solo se descubre á la fe.

Esto es lo que suscitó en tiempo de Ratramne una disputa entre los fieles. Unos, considerando la sustancia, decian que el cuerpo de Jesucristo era el mismo en las entrañas de la Virgen María y en la Eucaristía: otros, considerando las cualidades, ó mas bien el modo de ser, querian que fuese otro. Así se ve que san Pablo, hablando del cuerpo resucitado, le hace como otro cuerpo muy diferente del que tenemos en esta vida mortal<sup>1</sup>, aunque en sustancia sea el mismo: pero por las cualidades diferentes de que se halla revestido este cuerpo, hace san Pablo como dos cuerpos<sup>2</sup>, de los cuales llama á uno *cuerpo animal*, y al otro *cuerpo espiritual*. En este mismo sentido, y con mucha mas razon, se podia decir que el cuerpo que se recibia en la Eucaristía, no era el que habia salido de las purísimas entrañas de la Virgen: pero aunque se pudiese decir así en cierto sentido, otros temian que diciéndolo de este modo se destruyese la verdad del cuerpo. Así era que los doctores católicos, acordes en el fondo, disputaban acerca del modo: adoptando unos el modo de explicarse de Pascasio Radbert, que queria que la Eucaristía contuviese el mismo cuerpo que habia salido de la Virgen; y adhiriéndose otros á las expresiones de Ratramne, que queria que no fuese el mismo. Añadíase á esto otra dificultad; que la firme persuasion de la presencia real, en que estaba toda la Iglesia en Oriente y Occidente, habia hecho que muchos doctores no pudiesen sufrir, hablando de la Eucaristía, la palabra *figura*, que creian contraria á la verdad del cuerpo; cuando otros, considerando que Jesucristo no se nos da en la Eucaristía en su propia forma, sino bajo una forma extraña, y de una manera tan llena de misteriosas significaciones, creian firmemente que el cuerpo del Salvador se hallaba realmente en la Eucaristía, pero bajo de figuras y velos, y misteriosamente: lo que les parecia tanto mas necesario, cuanto es constante por otra parte, que es un privilegio reservado al siglo futuro poseer á Jesu-

<sup>1</sup> I Cor. xv, 37 et seq. — <sup>2</sup> Ibid. 42, 43, 44, 46.

cristo en su verdad manifiesta, sin estar cubierto con ninguna figura. Todo esto era verdad en el fondo, pero antes que se hubiese explicado bien, habia sobre que disputar por mucho tiempo. Rartramne, que seguia el último partido, no habia profundizado bastante toda esta materia, y sin diferir de los Católicos en el fondo, adoptaba algunas veces expresiones tan oscuras, que era muy difícil conciliar unas con otras: por esta razon todos sus lectores, tanto protestantes como católicos, lo entendian en tan diverso sentido.

A Melancton le parecia que este autor no explicaba con claridad su pensamiento <sup>1</sup>, y que era necesario adivinarlo, y se perdia con él en una materia que ni él ni su maestro Lutero jamás habian entendido bien.

XXXIII.— *Melancton desea una nueva decision. Tirania de Lutero.*

Con la lectura de este libro, y con las reflexiones que hacia, cayó en una deplorable incertidumbre; pero cualquiera que fuese su opinion, de lo cual hablaremos mas adelante, empezó á separarse de su maestro, y deseaba con extremo ardor que hubiese una reunion, donde se tratase de nuevo la materia *sin pasion, sin sofisteria, y sin tirania* <sup>2</sup>.

Esta última expresion se referia notoriamente á Lutero; porque en todas las reuniones que habia habido hasta entonces en el partido, siempre que Lutero estuvo y habló en ellas, nos dice el mismo Melancton, que los demás no tenian que hacer mas que callar, y todo estaba hecho. Pero mientras que disgustado de semejante modo de proceder, pedia nuevas deliberaciones, y se apartaba de Lutero, no dejaba de alegrarse de que Bucero se aproximase con los suyos á la doctrina de Lutero: acabamos de verle aprobar el convenio en que á la presencia real se la liga mas que nunca á símbolos exteriores <sup>3</sup>, pues que se convino en que se halla en la comunión de los indignos, *aunque en ellos no hay ni fe ni penitencia*. Échese por un momento una mirada á los términos del acuerdo de Vitemberg no solamente suscrito, sino tambien procurado por Melancton, y se verá cuán positivamente convino en una cosa sobre la cual duda ahora tan fuertemente.

<sup>1</sup> Mel. lib. III, ep. 187. — <sup>2</sup> Lib. II, ep. 40; III, ep. 188, 189. — <sup>3</sup> Lib. III, ep. 114 ad Bren.

XXXIV.— *Lutero hace una nueva declaracion de su fe en los artículos de Esmalcalda.*

Lutero decia siempre lo mismo, y estaba tan firme en su opinion que no habia medio de contradecirle. Un año despues del convenio, es decir, el año de 1537, mientras continuaba Bucero negociando con los suizos, se hallaban los Luteranos en Esmalcalda, lugar ordinario de sus reuniones, y donde se trataron todas sus coaliciones. Esta reunion se tuvo con ocasion del concilio convocado por Paulo III. Seguramente Lutero no estaba del todo satisfecho con la confesion de Ausburgo y la Apología, ni del modo con que se explicaba en ella su doctrina, pues que formuló otros nuevos artículos. « Á fin, « dice <sup>1</sup>, de que se sepa cuáles son los puntos de que no queremos « desistir jamás; » y para esto procuró que se verificase esta reunion. En ella se explicó Bucero tan expresamente sobre la presencia real, *que satisfizo*, dice Melancton, y lo dice con grande alegría, *aun á aquellos de los nuestros que habian sido mas renitentes* <sup>2</sup>. De consiguiente dejó satisfecho á Lutero; y hé aquí otra vez á Melancton lleno de gozo porque se seguian los sentimientos de Lutero, cabalmente cuando él los abandonaba; lo que quiere decir que se alegraba mucho de ver reunida toda la Alemania protestante. Bucero se habia conformado: la ciudad de Estrasburgo se habia declarado con su doctor por la confesion de Ausburgo; la política estaba contenta, que era lo que urgia; y en cuanto á la doctrina, despues se veria.

XXXV.— *Nuevo modo de explicar las palabras de la institucion.*

No obstante, es preciso confesar que Lutero caminaba de la mas buena fe. Quería que se hablase claramente sobre la materia de la Eucaristía; y redactó de este modo el artículo VI del Sacramento del altar: « Acerca del Sacramento del altar, creemos, dice <sup>3</sup>, que « el pan y el vino son el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de « Nuestro Señor; y que no solamente los dan y reciben los cristia- « nos que son piadosos, sino tambien los que son impíos. » Estas últimas palabras son las mismas que hemos visto en el convenio de Vitemberg, sino que en vez de la palabra *indignos* usa la de *impíos*, que es mas fuerte, y aleja mucho mas la idea de la fe.

Tambien se debe observar que Lutero no dice nada en este artí-

<sup>1</sup> Art. Smalc. Praef. in lib. Conc. — <sup>2</sup> Ap. Hosp. an. 1538, 155; Mel. IV, ep. 196. — <sup>3</sup> Conc. p. 330.